

Como los trenes de la noche

por Pere Rovira

Una de las sugerencias de este último libro de José Agustín Goytisolo es que podría ser, efectivamente, el último. tiene sabor de balance final y despedida, por lo que dice y por la manera directa de decirlo. De decirselo, en realidad, puesto que la voz poética rara vez traspasa el límite del *tú* interlocutor en que se desdobra. Ese balance, como señala Horacio Vázquez Rial en el prólogo, es también poético: “toda la poesía de Goytisolo, con excepción de la satírica, está presente, reelaborada en estas páginas”. El lector habitual de José Agustín Goytisolo reconocerá aquí obsesiones, palabras y personajes del autor, pero no estoy seguro de que esos retornos obedezcan sólo al afán de reelaboración poética. Tal vez también Goytisolo vuelve la vista atrás para tratar de verse y ver las cosas sin el filtro que “el poeta José Agustín Goytisolo” ha ido elaborando durante cuarenta años. La poesía, parece decir en “Hora que ansias”, ha sido una aliada de la supervivencia:

*Tienes envidia de ti mismo
de lo que fuiste: del deseo
de morir joven y escapar
hacia la luz hacia la nada.
Mas al dejar pasar los años
te aferraste a la poesía
como el enfermo –bien lo sabes–
quiere creer en un remedio.
Desde entonces y libro a libro
has flirteado con la muerte
aplazando el tiempo que falta
para que acabe la función.*

El enfrentarse a este uso de la poesía me parece que ha sido un factor decisivo para la configuración del personaje poético de *Como los trenes de la noche*, alguien cuya invención implica la de una sinceridad menos sometida a las convenciones del género.

Esto no significa una ruptura con la manera de escribir del autor, nunca decorativa y a la vez muy elaborada, sino más bien que esa elaboración ha privilegiado un ingrediente de difícil tratamiento: el simulacro de que la experiencia presentada en los poemas apenas ha sido filtrada por la poetización. Supongo que la elección del eneasílabo como “sucesión más adecuada a la respiración libre del que conversa” forma parte también de ese simulacro. En definitiva, se trata de acentuar una característica importante de la obra de José Agustín Goytisolo, una poesía que siempre ha jugado astutamente a no parecerlo, a ser vida en directo. Me parece que ésta es una de las causas de su éxito entre los lectores y también de alguna indecisión entre ciertos lectores profesionales. Pero la ausen-

cia de artificio no es, en este caso, más que otro uso del artificio: la sabiduría literaria despojando al poema de muchos de los recursos de la sabiduría literaria, jugando a regresar al uso “inocente” de las palabras. De modo que el deje de cansancio que advertimos en la voz poética de *Como los trenes de la noche*, su propósito de ya no hacer literatura, forman parte, ante todo, de una sinceridad literaria, por mucho que puedan reproducir también la situación personal del autor. De lo poco que ésta le importa da cuenta José Agustín Goytisolo en “Una revelación”:

*Entre el poema y el autor
la primacía es del poema.*

Lo que cuenta no es emocionarse escribiendo, sino construir un poema capaz de emocionar, fingiendo lo necesario:

*Porque deseos y esperanzas
y mal de amor y sufrimiento
los tienen muchos. mas si cuentas
algo que pueda despertar
una emoción dormida en otro
–una revelación entre las líneas–
el poema termina ahí
en el pecho sobresaltado
que lo repite y hace suyo
hasta olvidar quién lo escribiera.*

Salvador Espriu solía repetir que la poesía ha de ser clara y difícil. *Como los trenes de la noche* cumple esos requisitos. No sólo es difícil por la calidad de la experiencia que representa, sino por la aparente facilidad con que lo hace. Muchos de sus poemas *parecen* tan asequibles que desconciertan y uno topa de frente con la complejidad de la poesía *que se entiende* y advierte que la emoción que ha sentido no es aún la que el poema parece ofrecer. El diálogo con el lector cuenta con el *reconocimiento* emocional, pero busca también el *descubrimiento* de emociones ajenas y propias. Entre éstas, las de alguien que vuelve la vista atrás y contempla, a la vez, episodios de una vida y poemas que dan cuenta de ellos.

Como los trenes de la noche retrata, más aún que la penetración de la mirada última, el desencuero que revela, el *nunca más* que empaña los ojos viejos. Por eso la voz poética pide ayuda a la niñez:

*Niño que fuiste: no le dejes
ahora que acaba vuestro tiempo.
Id los dos juntos al andén
para emprender el gran viaje.*



En los extremos Amparo Gastón y Gabriel Celaya, matrimonio Kerrigan y José Agustín, en el centro, junto a Carlos Barral (Formentor 1958)

Este cruce de visiones hace posible la peculiar serenidad con que el personaje revive las cosas. Y seguramente por eso también cualquier palabra habitual sale como renovada melancólicamente de sus labios y lleva una carga de profundidad que la dota de resonancias simbólicas, sin que por ello precise abandonar su sentido, sin rebuscamiento alguno. Se trata, pues, de una *naturalidad* verbal cuidadosamente construida, de una voz que obedece a quien la usa: un hombre enfrentándose a sus propias argucias (empezando por las que le facilita el hábito de la poesía):

*Igual que el vaho en un espejo
así haces tú. Siempre encubriendo
lo que eres: un temeroso
y atrasado sentimental;
un lobo sin garras ni dientes;
un desastre como persona.
Si no ocultaras tus carencias
nada te ocurriría. pero
tú no temes lo que los otros piensen
sino verte en un claro espejo.*

De ese modo, el libro presenta una vuelta de tuerca más en la práctica (y en el revestimiento) del hábito poético: la invención, como dije antes, de un grado más de sinceridad, obtenida desde la denuncia estrictamente privada de sí mismo (pero en público, claro) que el personaje, como en el poema anterior, lleva a cabo.

La dedicatoria de *Como los trenes de la noche* ("A mis compañeros Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma") es algo más que un homenaje a los dos poetas desaparecidos: creo que con ello José Agustín Goytisolo alude a que en este último libro suyo hay algo de diálogo con los de sus amigos. Por ejemplo, con el rechazo de la identidad poética de Gil de Biedma, en *Poemas póstumos*, o con las relaciones entre la niñez y la vejez en *Lecciones de cosas*, de Carlos Barral. Es también una manera de decir que el clima de ensimismamiento doloroso en que subsiste su protagonista tiene que ver con la soledad literaria, con el desamparo del superviviente. El protagonista de *Como los trenes de la noche* mira el mundo con los ojos de alguien que sobrevive a cuanto le ha sujetado a la vida. Quizás por eso, y a pesar del *nunca más* latente en la experiencia del personaje, aparece aún en sus palabras la rebeldía de vivir, el regusto de sabores todavía cercanos que hacen más intolerable la evidencia del final. Más que de recuerdos, se trata de presencias, es decir, de una forma de ser, incorregible, que convive con la aceptación de la verdad. Ese conflicto entre la inmediatez y la distancia ya insalvable, entre el carácter y el paso del tiempo, es la clave de los contrastes temporales de muchos poemas, en los que la visión en pasado y en presente de una misma situación da cuenta del sentimiento escindido del protagonista del libro:

*En la bóveda está la luna
difuminando las estrellas
con su claror: espejo antiguo
en el que ahora ella se mira
desde el balcón. Huele a laurel
y a violetas que te llevan
a un jardín que no te abandona.
Te levantaste y la seguías
hasta la noche. Igual que tú
iba envuelta en una toalla.
Un tren lejano cruza el tiempo:
amas su luz y su destino
que no sabes. El tuyo sí.
Las dos toallas resbalaron:
regresáis al campo de plumas.*

Los dos versos finales, con su irónica referencia literaria, resumen la composición de lugar del poema y muestran que su objetivo no sólo es la evocación: el retrato de la escisión del personaje da entrada a un componente vitalista que completa, no sé si paradójicamente, su situación actual de temor y agotamiento, pues el sabor de la vida perdida para siempre le anticipa el sabor de la muerte. esa insistencia de la vitalidad aparece también el "luz de luna", poema que describe los últimos momentos del padre:

*Había un gran deslumbramiento
de luz de luna en el jardín.
Tú y tu gente estábais de pie
alrededor de un lecho blanco.
Vuestro padre estaba muriendo
como vivió: sin hacer ruido.
¿En qué pensaba esos momentos
mirando siempre hacia la luna?
Adivinarlo era muy fácil.
Te recorrió un escalofrío*

Incluso en esta escena se produce el giro hacia la vida: esa mirada hacia la luna, que no es difícil superponer a la del poema anterior ("espejo antiguo/ en el que ahora ella se mira/ desde el balcón"), hace tal vez intuir al hijo la búsqueda final de un rostro amado. No creo que sea casual la asociación de escenas, como tampoco la coincidencia de escenarios ("un jardín que no te abandona"), ese jardín en que el protagonista lo tuvo todo y sintió la pérdida de todo, como narra Goytisolo en el espléndido poema "Aquella flor", un paraíso arrebatado que dejó para siempre atados en su interior el amor y la muerte. Por eso pienso también que esa visión última del padre (figura infrecuente en la poesía de José Agustín Goytisolo) tiene, por su mismo gesto de comprensión, algo de anticipado autorretrato: la vuelta al jardín mítico, el presentimiento de la "flor única" en la mirada final, la muerte como postrera llamarada de la vida...

No sé si a pesar suyo en este caso, pero creo que la poesía de José Agustín Goytisolo difícilmente puede dejar de ser revitalizadora. Este es, sin duda, uno de los rasgos más llamativos de *Como los trenes de la noche*, un libro sobre el final de la vida, sí, pero un final que parece haber llegado súbitamente, por sorpresa, como si su protagonista se hubiese arruinado en las últimas apuestas de una noche demasiado larga. Por eso, a pesar de toda su melancolía y desgarramiento, el lector vuelve a encontrar en este libro de José Agustín Goytisolo uno de los componentes más seductores de su poesía: el canto a la belleza maltrecha de la existencia, la afirmación, desesperanzada pero insobornable, del valor de vivir.



**Librería
CAMARA**

- Suscripciones • Revistas
- Libros • Importaciones
- Prensa Especializada •

Librería: Euskalduna, 6
Oficina: Euskalduna, 8 - 1º, C.P. 48008 Bilbao

Tfnos.: 944 22 19 45
944 21 77 00 (fax)